

NO EMPECEMOS OTRA VEZ LA GUERRA DE TROYA

[*Nouveaux Cahiers*, año I,
n.ºs 2 y 3, 1 y 15 de abril de 1937]

Vivimos una época en que la seguridad relativa que aporta a los hombres un cierto dominio técnico sobre la naturaleza se ve ampliamente compensado por los peligros de ruinas y masacres que suscitan los conflictos entre grupos humanos. Si el peligro es tan grave es sin duda, en parte, a causa del poder de los instrumentos de destrucción que la técnica ha puesto en nuestras manos; pero esos instrumentos no se disparan solos, no es honrado querer hacer caer sobre la materia inerte una situación de la que tenemos toda la responsabilidad. Los conflictos más amenazadores tienen una característica común que podría tranquilizar a las mentes superficiales, pero que, a pesar de la apariencia, constituye su verdadero peligro: *no tienen objetivo definible*. A lo largo de la historia humana se puede verificar que los conflictos más encarnizados sin comparación son aquellos que no tienen objetivo. Esta paradoja, una vez que se ha visto con claridad, es tal vez una de las claves de la historia; es sin duda la clave de nuestra época.

Cuando hay lucha en torno a un objetivo bien definido, cada cual puede sopesar el valor de ese objetivo y los gastos probables de la lucha, decidir hasta dónde valdrá la pena llevar el esfuerzo; en general, no es difícil encontrar un compromiso mejor que una batalla para cada una de las partes adversarias, incluso aunque se saliera victorioso. Pero cuando una lucha no tiene objetivo, no hay ya medida común, ya no hay equilibrio, ni proporción, ni comparación posible; el compromiso no es siquiera concebible; la importancia de la batalla se mide entonces únicamente por los sacrificios que exige, y como, por ese mismo hecho,

los sacrificios ya realizados exigen perpetuamente nuevos sacrificios, no habrá ninguna razón para dejar de matar y de morir, si por fortuna las fuerzas humanas no acaban encontrando su límite. Esta paradoja es tan violenta que escapa al análisis. Sin embargo, todos los hombres que se dicen cultivados conocen el ejemplo más perfecto; pero una suerte de fatalidad nos hace leer sin comprender.

Los griegos y los troyanos se masacraron entre ellos, en otro tiempo, durante diez años a causa de Helena. A ninguno de ellos, salvo al guerrero aficionado Paris, le importaba Helena; todos estaban de acuerdo en deplorar que ella hubiera nacido. Su persona era tan evidentemente desproporcionada con respecto a aquella gigantesca batalla, que a los ojos de todos constituía simplemente el símbolo del verdadero objetivo; pero el verdadero objetivo nadie lo definía y no podía ser definido, pues no existía. Tampoco se podía medir. Se imaginaba simplemente su importancia por las muertes habidas y las matanzas esperadas. A partir de ese momento, su importancia superaba cualquier límite asignable. Héctor presentía que su ciudad iba a ser destruida, su padre y sus hermanos matados, su mujer degradada por una esclavitud peor que la muerte; Aquiles sabía que entregaba a su padre a las miserias y las humillaciones de una vejez sin defensa; la gran mayoría de las gentes sabía que sus hogares serían destruidos por una ausencia tan larga; nadie pensaba que ése fuera un precio demasiado alto, porque todos perseguían una nada cuyo valor se medía únicamente por el precio que había que pagar. Para avergonzar a los griegos que proponían que cada cual volviera a su casa, Minerva y Ulises creyeron encontrar un argumento suficiente en la evocación de los sufrimientos de sus camaradas muertos²⁶³. A tres mil años de distancia, se encuentra en su boca y en boca de Poincaré exactamente la misma argumentación para estigmatizar las propuestas de paz blanca. En nuestros días, para explicar ese sombrío encarnizamiento en acumular ruinas inútiles, la imaginación popular recurre a veces a supuestas intrigas de congregaciones económicas. Pero no hay por qué buscar tan lejos. Los griegos de la época homérica no tenían mercaderes de bronce organizados, ni Comité de Herreros. A decir verdad, en el espíritu de los contemporáneos de Homero el papel que nosotros atribuimos a las misteriosas oligarquías económicas era desempeñado por los dioses de la mitología griega. Pero para llevar a los hombres a las catástrofes más absurdas no se necesitan ni dioses ni conjuras secretas. Basta la naturaleza humana.

Para quien sabe ver, no hay síntoma más angustioso que el carácter irreal de la mayoría de los conflictos que se producen actualmente. Tienen todavía menos realidad que el conflicto entre griegos y troyanos. En el centro de la guerra de Troya había al menos una mujer, y una mujer que era además de una belleza perfecta. Para nuestros contem-

poráneos, son palabras adornadas de mayúsculas las que desempeñan el papel de Helena. Si cogemos, para tratar de descifrarlas, esas palabras hinchadas por completo de sangre y de lágrimas, veremos que no tienen contenido. Las palabras que tienen contenido y un sentido no son mortíferas. Si una de ellas se mezcla a veces con una efusión de sangre es más por accidente que por fatalidad, y se trata entonces, en general, de una acción limitada y eficaz. Pero atribúyanse mayúsculas a palabras vacías de significado y, por poco que las circunstancias impulsen a ello, los hombres verterán raudales de sangre, amontonarán ruinas sobre ruinas repitiendo esas palabras, sin llegar nunca a conseguir algo que les corresponda; nada real puede corresponderles jamás, puesto que nada quieren decir. El éxito se define entonces exclusivamente por el aplastamiento de grupos de hombres que apelan a otras palabras enfrentadas; pues ésa es una característica de tales palabras, que viven por parejas antagónicas. Por supuesto, no es siempre por ellas mismas por lo que esas palabras están vacías de sentido; algunas lo tendrían si alguien se esforzara en definir las convenientemente. Pero una palabra así definida pierde su mayúscula, no puede servir ya de bandera ni mantener su puesto entre la verborrea de las consignas enemigas; no es ya más que una referencia para ayudar a captar una realidad concreta, o un objetivo determinado, o un método de acción. Aclarar las ideas, desacreditar las palabras congénitamente vacías, definir el uso de las otras mediante análisis precisos, ése es, por extraño que pueda parecer, un trabajo que podría preservar existencias humanas.

Nuestra época parece casi incapacitada para realizar ese trabajo. Nuestra civilización oculta con su brillo su verdadera decadencia intelectual. No concedemos a la superstición, en nuestra mente, ningún lugar especial, análogo a la mitología griega, y la superstición se venga invadiendo bajo la cubierta de un vocabulario abstracto todo el dominio del pensamiento. Nuestra ciencia contiene, como en un almacén, los más refinados mecanismos intelectuales para resolver los problemas más complejos, pero somos casi incapaces de aplicar los métodos elementales del pensamiento racional. En todos los ámbitos parece que hemos perdido las nociones esenciales de la inteligencia, las nociones de límite, medida, grado, proporción, relación, correspondencia, condición, vinculación necesaria, conexión entre medios y resultados. Para atenerse a los asuntos humanos, nuestro universo político está poblado exclusivamente de mitos y de monstruos; no conocemos sino entidades, absolutos. Todas las palabras del vocabulario político y social podrían servir de ejemplo. Nación, seguridad, capitalismo, comunismo, fascismo, orden, autoridad, propiedad, democracia, se podrían coger todas, una tras otra. Nunca las utilizamos en fórmulas tales como: hay democracia en la medida en que..., o: hay capitalismo en tanto que...

El uso de expresiones del tipo «en la medida en que» supera nuestra capacidad intelectual. Cada una de esas palabras parece representar una realidad absoluta, independiente de cualquier condición, o una meta absoluta, independiente de todos los modos de acción, o un mal absoluto; y al mismo tiempo, bajo cada una de esas palabras ponemos sucesivamente o incluso simultáneamente cualquier cosa. Vivimos en medio de realidades cambiantes, diversas, determinadas por el juego móvil de las necesidades exteriores, que se transforman en función de ciertas condiciones y ciertos límites; pero actuamos, luchamos, nos sacrificamos a nosotros mismos y a los otros en virtud de abstracciones cristalizadas, aisladas, imposibles de poner en relación entre sí o con cosas concretas. Nuestra época supuestamente técnica no sabe más que combatir contra molinos de viento.

No hay más que mirar alrededor de uno mismo para encontrar ejemplos de cosas absurdas y asesinas. El mejor ejemplo son los antagonismos entre las naciones. Con frecuencia se cree que se pueden explicar diciendo que simplemente disimulan antagonismos capitalistas; pero se olvida un hecho que sin embargo salta a los ojos, y es que la red de rivalidades y complejidades, de luchas y alianzas capitalistas que se extiende sobre el mundo no corresponde en absoluto a la división del mundo en naciones. El juego de intereses puede oponer entre sí a dos grupos franceses, y unir a cada uno de ellos con un grupo alemán. La industria alemana de transformación puede ser considerada con hostilidad por las empresas francesas de mecánica; pero a las compañías mineras les es casi indiferente que el hierro de Lorena sea transformado en Francia o en Alemania, y los viticultores, los fabricantes de artículos de París y otros están interesados en la prosperidad de la industria alemana. Esas verdades elementales hacen ininteligible la explicación corriente de las rivalidades entre naciones. Si se dice que el nacionalismo recubre siempre apetitos capitalistas, se debería decir de quién son esos apetitos. ¿De los hulleros? ¿De la gran metalurgia? ¿De la construcción mecánica? ¿De la electricidad? ¿Del textil? ¿De los bancos? No puede ser todo a la vez, pues los intereses no coinciden; y si se piensa en una parte del capitalismo, entonces habría que explicar por qué esa parte se ha apoderado del Estado. Es cierto que la política de un Estado coincide siempre en un momento dado con los intereses de un sector capitalista determinado; se tiene así una explicación que sirve para todo y que, por el hecho mismo de su insuficiencia, se aplica a cualquier cosa. Dada la circulación internacional del capital, tampoco se ve por qué un capitalista buscaría más la protección de su propio Estado que la de un Estado extranjero, o por qué ejercería menos los medios de presión y seducción de que dispone sobre los hombres de Estado extranjero que sobre sus compatriotas. La estructura de la economía

mundial no se corresponde con la estructura política del mundo más que en la medida en que los Estados ejercen su autoridad en materia económica; pero tampoco el sentido en el que se ejerce esta autoridad puede explicarse por el simple juego de intereses económicos. Cuando se examina el contenido de la expresión «interés nacional», ni siquiera se encuentra en ella el interés de las empresas capitalistas. «Se cree morir por la patria —decía Anatole France—; se muere por los industriales»²⁶⁴. Sería todavía demasiado hermoso. Ni siquiera se muere por algo tan substancial, tan tangible, como un industrial.

El interés nacional no se puede definir por un interés común de las grandes empresas industriales, comerciales o bancarias de un país, pues ese interés común no existe; ni tampoco por la vida, la libertad y el bienestar de los ciudadanos, pues se les conjura continuamente a sacrificar su bienestar, su libertad y su vida por el interés nacional. A fin de cuentas, si se examina la historia moderna, se llega a la conclusión de que el interés nacional es para cada Estado la capacidad de hacer la guerra. En 1911 Francia estuvo a punto de hacer la guerra por Marruecos; pero ¿por qué Marruecos era tan importante? A causa de la reserva de carne de cañón que debía constituir el África del Norte, a causa del interés que hay para un país, desde el punto de vista de la guerra, en que su economía sea tan independiente como sea posible mediante la posesión de materias primas y mercados. Lo que un país denomina interés económico vital no es lo que permite vivir a sus ciudadanos, es lo que le permite hacer la guerra; el petróleo puede suscitar conflictos internacionales mucho más fácilmente que el trigo. Así, cuando se hace la guerra, es para conservar o para aumentar los medios de hacerla. Toda la política internacional gira en torno a ese círculo vicioso. Lo que se llama «prestigio nacional» consiste en dar siempre la impresión a los demás países de que eventualmente se está seguro de vencerlos, a fin de desmoralizarlos. Lo que se denomina «seguridad nacional» es un estado de cosas quimérico en el que se conservaría la posibilidad de hacer la guerra privando de ella a todos los demás países. En resumen, una nación que se respete está dispuesta a todo, incluida la guerra, antes que a renunciar a hacer eventualmente la guerra. Pero ¿por qué hay que poder hacer la guerra? No se sabe, como tampoco sabían los troyanos por qué debían conservar a Helena. Por eso la buena voluntad de los estadistas amigos de la paz es tan poco eficaz. Si los países estuviesen divididos por oposiciones reales de intereses, se podrían encontrar compromisos satisfactorios. Pero cuando los intereses económicos y políticos no tienen sentido más que con vistas a la guerra, ¿cómo conciliarlos de manera pacífica? Es la idea misma de nación la que habría que suprimir. O, más bien, el uso de esa palabra: pues la palabra «nacional» y las expresiones de que forma parte están vacías de todo significado,

no tienen como contenido más que millones de cadáveres, huérfanos, mutilados, desesperación, lágrimas.

Otro ejemplo admirable de absurdo sangrante es la oposición entre fascismo y comunismo. El hecho de que esta oposición determine hoy para nosotros una doble amenaza de guerra civil y de guerra mundial es tal vez el más grave síntoma de carencia intelectual de cuantos podemos constatar a nuestro alrededor. Pues si se examina el sentido que hoy tienen esos dos términos, se encuentran dos concepciones políticas y sociales casi idénticas. De una y otra parte, vemos el mismo dominio del Estado sobre casi todas las formas de vida individual y social; la misma militarización furiosa; la misma unanimidad artificial, obtenida por la coacción, en beneficio de un partido único que se confunde con el Estado y se define por esa confusión; el mismo régimen de servidumbre impuesto por el Estado a las masas trabajadoras en lugar del salario clásico. No hay dos naciones cuya estructura sea más semejante que Alemania y Rusia, que se amenazan mutuamente con una cruzada internacional y fingen cada una de ellas tomar a la otra por la Bestia del Apocalipsis. Por eso se puede afirmar sin temor que la oposición entre fascismo y comunismo no tiene rigurosamente ningún sentido. Así, la victoria del fascismo no puede definirse sino por el exterminio de los comunistas, y la victoria del comunismo más que por el exterminio de los fascistas. Es evidente que en esas condiciones el antifascismo y el anticomunismo están también desprovistos de sentido. La posición de los antifascistas es: todo antes que el fascismo; todo, incluido el fascismo bajo el nombre de comunismo. La posición de los anticomunistas es: todo antes que el comunismo; todo, comprendido el comunismo bajo el nombre de fascismo. Por esta hermosa causa cada uno, en ambos campos, está resignado de antemano a morir, y sobre todo a matar. Durante el verano de 1932, en Berlín, se formaban frecuentemente en las calles pequeños grupos alrededor de dos obreros o pequeños burgueses, uno comunista, otro nazi, que discutían entre sí; constataban siempre al cabo de un tiempo que defendían rigurosamente el mismo programa, y esta constatación les daba vértigo, pero aumentaba más aún en cada uno de ellos el odio contra un adversario tan esencialmente hostil que seguía siendo enemigo exponiendo las mismas ideas. Desde entonces han pasado cuatro años y medio; los comunistas alemanes siguen siendo torturados por los nazis en los campos de concentración, y no es seguro que Francia no esté amenazada con una guerra de exterminio entre antifascistas y anticomunistas. Si esa guerra se produjera, la guerra de Troya sería un modelo de sensatez en comparación con ésta; pues incluso si se admite con un poeta griego que en Troya estaba solamente el fantasma de Helena, ese fantasma sería todavía una realidad substancial al lado de la oposición entre fascismo y comunismo.

La oposición entre dictadura y democracia, que es de la misma naturaleza que la de orden y libertad, es, al menos, una oposición verdadera. Sin embargo, pierde su sentido si se considera cada término como una entidad, lo que ocurre muy frecuentemente en nuestros días, en lugar de tomarlos como referencias que permiten medir las características de una estructura social. Es evidente que no existe en ninguna parte ni dictadura absoluta ni democracia absoluta, sino que el organismo social es siempre y en todas partes un compuesto de democracia y dictadura, con grados diferentes; es evidente también que el grado de la democracia se define por las relaciones que ligan los diferentes engranajes de la maquinaria social y depende de las condiciones que determinan el funcionamiento de esa maquinaria; es, pues, sobre esas relaciones y sobre esas condiciones sobre las que hay que tratar de actuar. En lugar de eso, se considera en general que existen grupos humanos, naciones o partidos, que encarnan intrínsecamente la dictadura o la democracia, de manera que, según se esté más inclinado por temperamento hacia el orden o hacia la libertad, se estará obsesionado por el deseo de aplastar a uno u otro de esos grupos. Muchos franceses creen de buena fe, por ejemplo, que una victoria militar de Francia sobre Alemania sería una victoria de la democracia. A sus ojos, la libertad reside en la nación francesa y la tiranía en la nación alemana, casi como para los contemporáneos de Molière en el opio residía una virtud dormitiva. Si un día las llamadas necesidades «de la defensa nacional» hacen de Francia un campo atrincherado en el que toda la nación esté enteramente sometida a la autoridad militar, y si la Francia así transformada entra en guerra con Alemania, esos franceses se harán matar, no sin haber matado al mayor número posible de alemanes, con la conmovedora ilusión de derramar su sangre por la democracia. No se les ocurre que la dictadura se ha podido instalar en Alemania gracias a una situación determinada; y que crear otra situación que hiciera posible un cierto relajamiento de la autoridad estatal en Alemania sería tal vez más eficaz que matar a muchachitos de Berlín y de Hamburgo.

Por poner otro ejemplo, si alguien se atreve a exponer ante un hombre de partido la idea de un armisticio en España, éste responderá con indignación, si es un hombre de derechas, que hay que luchar hasta el final por la victoria del orden y el aplastamiento de quienes generan la anarquía; responderá con no menos indignación, si es un hombre de izquierdas, que hay que luchar hasta el final por la libertad del pueblo, por el bienestar de las masas trabajadoras, por el aplastamiento de los opresores y los explotadores. El primero olvida que ningún régimen político, sea el que sea, comporta desórdenes que puedan igualar de lejos los de la guerra civil, con las destrucciones sistemáticas, las matanzas en serie en la línea de fuego, el debilitamiento de la producción, los cientos

de crímenes individuales cometidos cotidianamente en ambos campos debido a que cualquier granuja anda con un fusil en la mano. El hombre de izquierdas olvida por su parte que, incluso en el campo de los suyos, las necesidades de la guerra civil, el estado de sitio, la militarización del frente y de la retaguardia, el terror policial, la supresión de toda limitación, de toda garantía individual, anulan la libertad mucho más radicalmente de lo que lo haría el acceso al poder de un partido de extrema derecha; olvida que los gastos de guerra, las ruinas, la disminución de la producción, condenan al pueblo, y por mucho tiempo, a privaciones mucho más crueles de lo que lo harían sus explotadores. El hombre de derechas y el hombre de izquierdas olvidan ambos que largos meses de guerra civil han llevado a un régimen casi idéntico en los dos campos. Cada uno de ellos ha perdido su ideal sin darse cuenta, sustituyéndolo por una entidad vacía; para cada uno de ellos la victoria de lo que todavía llaman su idea no puede ya definirse más que por el exterminio del adversario; y cada uno de ellos, si se le habla de paz, responderá con desprecio con el argumento contundente de Minerva en Homero, el argumento de Poincaré en 1917: «Los muertos no la quieren».

Lo que se llama en nuestros días, con un término que exigiría precisiones, la *lucha de clases* es, de todos los conflictos que oponen a grupos humanos, el mejor fundado, el más serio; quizá se podría decir que el único serio; pero solamente en la medida en que no intervengan ahí entidades imaginarias que impidan toda acción dirigida, lleven los esfuerzos al vacío y entrañen el peligro de odios despiadados, destrucciones alocadas, carnicerías insensatas. Lo que es legítimo, vital, esencial, es la lucha eterna de los que obedecen contra los que mandan, cuando el mecanismo del poder social supone el aplastamiento de la dignidad humana de los de abajo. Esta lucha es eterna porque los que mandan tienden siempre, lo sepan o no, a pisotear la dignidad humana por debajo de ellos. La función de mando, en tanto se ejerce, no puede, salvo casos particulares, respetar la humanidad en la persona de los agentes de ejecución. Si se ejerce como si los hombres fueran cosas, y sin ninguna resistencia, se ejerce inevitablemente sobre cosas excepcionalmente dúctiles, pues el hombre sometido a la amenaza de muerte, que es en última instancia la sanción suprema de toda autoridad, puede volverse más manejable que la materia inerte. Mientras haya una jerarquía social estable, cualquiera que sea su forma, los de abajo deberán luchar para no perder todos los derechos de un ser humano. Por otra parte, la resistencia de los de arriba, si parece de ordinario contraria a la justicia, reposa también sobre motivos concretos. En primer lugar, motivos personales; salvo el caso de una generosidad bastante rara, a los privilegiados les repugna perder una parte de sus privilegios materiales

o morales. Pero también motivos más elevados. Los que están investidos de funciones de mando se sienten con la misión de defender el orden indispensable a toda vida social y no conciben otro orden posible que el que existe. No se equivocan del todo, pues hasta que otro orden se haya establecido de hecho, no se puede afirmar con certeza que sea posible; por eso justamente no puede haber progreso social más que si la presión de abajo es suficiente para cambiar efectivamente las relaciones de fuerza y obligar así a establecer realmente unas relaciones sociales nuevas. El encuentro entre la presión de abajo y la resistencia de arriba suscita continuamente un equilibrio inestable, que define a cada instante la estructura de una sociedad. Este encuentro es una lucha, pero no es una guerra; se puede transformar en guerra en ciertas circunstancias, pero no hay en ello ninguna fatalidad. La Antigüedad no nos ha legado solamente la historia de matanzas interminables e inútiles alrededor de Troya, nos ha dejado igualmente la historia de la acción enérgica y unánime por la que los plebeyos de Roma, sin verter una gota de sangre, salieron de una condición que rayaba en la esclavitud y obtuvieron como garantía de sus nuevos derechos la institución de los tribunos. Es exactamente de la misma manera como los obreros franceses, mediante la ocupación de las fábricas, pero sin violencias, han impuesto el reconocimiento de algunos derechos elementales, y como garantía de esos derechos, la institución de los delegados electos.

La Roma primitiva tenía sin embargo sobre la Francia moderna una importante ventaja. No conocía en materia social ni abstracciones, ni entidades, ni palabras con mayúscula, ni palabras terminadas en «ismo»; nada de lo que entre nosotros amenaza con anular los esfuerzos más sostenidos, o con hacer degenerar la lucha social en una guerra tan ruinosa, tan sangrante, tan absurda desde cualquier punto de vista como la guerra entre naciones. Se pueden coger casi todos los términos, todas las expresiones de nuestro vocabulario político, y abrirlos; en el centro se encontrará el vacío. ¿Qué puede querer decir, por ejemplo, la consigna, tan popular durante las elecciones, de «lucha contra los trusts»? Un trust es un monopolio económico puesto en manos del poder del dinero, y del que usan no en beneficio del interés público, sino para aumentar su poder. ¿Qué es lo que hay de malo en eso? El hecho de que un monopolio sirve de instrumento a una voluntad de poder extraña al bien público. Ahora bien, no es ese hecho el que se trata de suprimir, sino el hecho, indiferente en sí mismo, de que esa voluntad de poder es la de una oligarquía económica. Se propone sustituir esas oligarquías por el Estado, que también tiene su voluntad de poder igualmente extraña al bien público. Incluso se trata en el caso del Estado de un poder no ya

económico, sino militar, y en consecuencia mucho más peligroso para las buenas gentes que quieren vivir. Recíprocamente, del lado burgués, ¿qué se puede entender por hostilidad al estatalismo económico cuando se admiten los monopolios privados, que implican todos los inconvenientes económicos y técnicos de los monopolios del Estado, y tal vez otros? Se podría hacer una larga lista de consignas así agrupadas de dos en dos, igualmente ilusorias. Aquéllas son relativamente inofensivas, pero no ocurre lo mismo con todas.

¿Qué pueden tener en la cabeza aquellos para quienes la palabra «capitalismo» representa el mal absoluto? Vivimos en una sociedad que implica formas de coacción y de opresión con frecuencia abrumadoras para las masas de seres humanos que las sufren, desigualdades muy dolorosas, cantidad de torturas inútiles. Por otra parte, esta sociedad se caracteriza, desde el punto de vista económico, por ciertos modos de producción, de consumo, de intercambio, que están por lo demás en perpetua transformación y que dependen de algunas relaciones fundamentales entre la producción y la circulación de mercancías, entre la circulación de mercancías y la moneda, entre la moneda y la producción, entre la moneda y el consumo. A este conjunto de fenómenos económicos, diversos y cambiantes, se lo cristaliza arbitrariamente en una abstracción imposible de definir, y se remite a esta abstracción, bajo el nombre de capitalismo, el conjunto de sufrimientos que se padecen o se constatan alrededor de uno. A partir de ahí, basta que un hombre tenga carácter para que dedique su vida a la destrucción del capitalismo, o, lo que viene a ser lo mismo, a la revolución; pues esa palabra revolución no tiene actualmente sino ese significado puramente negativo.

Como la destrucción del capitalismo no tiene ningún sentido, puesto que el capitalismo es una abstracción, como no implica un cierto número de modificaciones precisas aportadas al régimen —esas modificaciones son tratadas despreciativamente de «reformas»—, sólo puede significar el aplastamiento de los capitalistas, y más generalmente de todos aquellos que no se declaran contra el capitalismo. Aparentemente, es más fácil matar, e incluso morir, que plantearse algunas preguntas muy simples, como éstas: ¿Forman un sistema las leyes y convenios que rigen actualmente la vida económica? ¿En qué medida hay conexión necesaria entre un determinado fenómeno económico y los demás? ¿Hasta qué punto la modificación de una de esas leyes económicas repercutiría sobre las otras? ¿En qué medida los sufrimientos impuestos por las relaciones sociales de nuestra época dependen de una determinada convención de nuestra vida económica?, ¿en qué medida del conjunto de todas esas convenciones? ¿En qué medida tienen por causa otros factores, ya se trate de factores duraderos que persistirían

después de la transformación de nuestra organización económica o, por el contrario, de factores que se podrían suprimir sin poner fin a eso que se denomina el régimen? ¿Qué nuevos sufrimientos, sea pasajeros, sea permanentes, implicaría necesariamente el método que habría que utilizar para esa transformación? ¿Qué nuevos sufrimientos podría traer consigo la nueva organización social que se instituyera? Si se estudiaran seriamente esos problemas, tal vez se podría llegar a tener algo en la cabeza cuando se dice que el capitalismo es un mal; pero no se trataría más que de un mal relativo, y no se podría proponer una transformación del régimen social sino para llegar a un mal menor. En todo caso, no debería tratarse más que de una transformación determinada.

Toda esta crítica podría aplicarse igualmente al otro campo, reemplazando la preocupación por los sufrimientos infligidos a las capas sociales más bajas por la preocupación del orden que se quiere salvar y el deseo de transformación por el deseo de conservación. Los burgueses asimilan fácilmente como autores del desorden a todos aquellos que piensan en el fin del capitalismo, y a veces incluso a aquellos que simplemente desean reformarlo, porque ignoran en qué medida y en función de qué circunstancias las diversas relaciones económicas cuyo conjunto forma lo que se denomina actualmente capitalismo pueden ser consideradas condiciones del orden. Muchos de ellos, no sabiendo qué modificación puede ser o no peligrosa, prefieren conservarlo todo, sin darse cuenta de que la conservación entre las circunstancias cambiantes constituye en sí misma una modificación cuyas consecuencias pueden ser los desórdenes. La mayoría invoca las leyes económicas tan religiosamente como si se tratara de las leyes no escritas de Antígona²⁶⁵, aunque las vean cambiar cotidianamente ante sus ojos. También para ellos la conservación del régimen capitalista es una expresión vacía de sentido; puesto que ignoran lo que hay que conservar, bajo qué condiciones, en qué medida, esa conservación no puede significar prácticamente sino el aplastamiento de todos aquellos que hablan del final del régimen. La lucha entre adversarios y defensores del capitalismo, esa lucha entre innovadores que no saben qué innovar y conservadores que no saben qué conservar, es una lucha ciega de ciegos, una lucha en el vacío, y que por esta misma razón corre el riesgo de convertirse en exterminio. Se pueden hacer las mismas observaciones para la lucha que se desarrolla en el marco más restringido de las empresas industriales. Un obrero, en general, remite instintivamente al patrón todos los sufrimientos que padece en la fábrica; no se pregunta si en cualquier otro sistema de propiedad la dirección de la empresa no le infligiría también una parte de esos sufrimientos, o quizá los mismos, o quizá incluso otros mayores; no se pregunta tampoco qué parte de esos sufrimientos se podría

suprimir, haciendo desaparecer sus causas, sin alterar el sistema actual de propiedad. Para él, la lucha «contra el patrón» se confunde con la protesta irreprimible del ser humano aplastado por una vida demasiado dura. El patrón, por su parte, se preocupa con razón de su autoridad. Ahora bien, el papel de la autoridad patronal consiste exclusivamente en regular la fabricación, coordinar lo mejor posible los trabajos parciales, controlar, recurriendo a una cierta coacción, la buena ejecución del trabajo; todo régimen de empresa, sea el que fuere, en el que esta coordinación y ese control puedan estar asegurados convenientemente, otorga una parte suficiente a la autoridad patronal. Para el patrón, sin embargo, el sentimiento que tiene de su autoridad depende ante todo de una cierta atmósfera de sumisión y de respeto que no necesariamente tiene relación con la buena ejecución del trabajo: y, sobre todo, cuando percibe una revuelta latente o manifiesta entre su personal, se la atribuye siempre a algunos individuos, cuando en realidad la revuelta, sea ruidosa, sea silenciosa, agresiva o reprimida por la desesperación, es inseparable de toda existencia física o moralmente agobiante. Si, para el obrero, la lucha «contra el patrón» se confunde con el sentimiento de la dignidad, para el patrón la lucha contra los «cabecillas» se confunde con el cuidado de su función y la conciencia profesional; en ambos casos se trata de esfuerzos en el vacío, y que en consecuencia no son susceptibles de ser encerrados en un límite razonable. Puede constatarse que mientras las huelgas que se desarrollan por unas reivindicaciones determinadas desembocan sin demasiados problemas en un arreglo, ha habido otras huelgas que se asemejaban a guerras en el sentido de que ni de un lado ni del otro la lucha tenía un objetivo; huelgas en las que no se podía percibir nada real ni tangible, nada salvo la parada de la producción, el deterioro de las máquinas, la miseria, el hambre, las lágrimas de las mujeres, la subalimentación de los niños; y el encarizamiento de una y otra parte era tal que daba la impresión de que nunca iban a terminar. En semejantes acontecimientos, la guerra civil existe ya en germen.

Si se analizaran de esta manera todas las palabras, todas las fórmulas que han suscitado, a lo largo de la historia humana, el espíritu de sacrificio y la crueldad en su conjunto, sin duda aparecerían todas igualmente vacías. Sin embargo, todas esas entidades ávidas de sangre humana deben tener alguna relación con la vida real. Tienen un efecto. Tal vez en Troya no estaba más que el fantasma de Helena, pero el ejército griego y el ejército troyano no eran fantasmas; igualmente, si la palabra «nación» y las expresiones de las que esa palabra forma parte están vacías de sentido, los diferentes Estados, con sus oficinas, sus prisiones, sus arsenales, sus cuarteles, sus aduanas, son muy reales.

La distinción teórica entre las dos formas de régimen totalitario, fascismo y comunismo, es imaginaria, pero en Alemania, en 1932, existían efectivamente dos organizaciones políticas cada una de las cuales aspiraba al poder total y en consecuencia a la eliminación de la otra. Un partido democrático puede convertirse poco a poco en el partido de una dictadura, pero no por ello es menos distinto del partido dictatorial que se esfuerza en aplastar; Francia puede, para defenderse de Alemania, someterse a su vez a un régimen totalitario; pero el Estado francés y el Estado alemán serían sin embargo dos Estados distintos. Destrucción y conservación del capitalismo son consignas sin contenido, pero hay organizaciones agrupadas detrás de esas consignas. A cada abstracción vacía corresponde un grupo humano. Las abstracciones que no se ajustan a esa circunstancia son inofensivas; recíprocamente, los grupos que no han segregado entidades tienen posibilidad de no ser peligrosos. Jules Romains ha expresado magníficamente esta especie particular de secreción cuando pone en boca de Knoch la fórmula «Por encima del interés del enfermo y del interés del médico, está el interés de la medicina»²⁶⁶. Son palabras de una comedia, simplemente porque no ha surgido todavía de los sindicatos médicos una entidad de ese género; semejantes entidades proceden siempre de organismos que tienen como característica común estar en posesión de un poder o aspirar al poder. Todos los absurdos que hacen que la historia se parezca a un largo delirio tienen su raíz en un absurdo esencial, la naturaleza del poder. La necesidad de que exista un poder es tangible, palpable, porque el orden es indispensable para la existencia; pero la atribución del poder es arbitraria, porque los hombres son semejantes o poco menos; ahora bien, tal atribución no debe parecer arbitraria, pues entonces ya no habría poder. El prestigio, es decir, la ilusión, está así en el centro mismo del poder. Todo poder reposa en relaciones entre las actividades humanas; pero un poder, para ser estable, debe parecer algo absoluto, intangible, a aquellos que lo ejercen, a los que lo sufren, a los poderes exteriores. Las condiciones del orden son esencialmente contradictorias, y los hombres parecen tener que optar entre la anarquía que acompaña a los poderes débiles y las guerras de todo tipo suscitadas por la preocupación del prestigio.

Traducidos al lenguaje del poder, los absurdos aquí enumerados dejan de aparecer como tales. ¿No es natural que cada Estado defina el interés nacional por la capacidad de hacer la guerra, dado que está rodeado de otros Estados capaces, si le ven débil, de someterlo por las armas? No se ve el punto medio entre ocupar un lugar en la carrera de preparación a la guerra o estar dispuestos a sufrir cualquier agresión por parte de otros Estados armados. El desarme general no suprimiría esta dificultad más que si fuera completo, lo que es difícilmente conce-

bible. Por otra parte, un Estado no puede parecer débil ante los otros sin arriesgarse a dar también a quienes le obedecen la tentación de sacudirse en alguna medida su autoridad. Si Príamo y Héctor hubieran devuelto a Helena a los griegos, habrían corrido el riesgo de inspirarles el deseo de saquear una ciudad al parecer tan mal preparada para defenderse; se habrían arriesgado también a un levantamiento general en Troya, no porque la restitución de Helena hubiera indignado a los troyanos, sino porque habría hecho pensar que los hombres a los que obedecían no eran tan poderosos. Si en España uno de los dos campos diera la impresión de desear la paz, alentaría en primer lugar a los enemigos, aumentaría su valor ofensivo y además se arriesgaría a tener levantamientos entre los suyos. Igualmente, a un hombre que no esté comprometido ni en el bloque anticomunista ni en el bloque antifascista, el choque de dos ideologías casi idénticas puede parecerle ridículo; pero desde el momento en que esos bloques existen, aquellos que se encuentran en uno de los dos consideran necesariamente al otro como el mal absoluto, porque los aplastarán si no son los más fuertes; los jefes deben parecer dispuestos, por ambas partes, a aplastar al enemigo para conservar la autoridad sobre sus tropas; y cuando esos bloques han alcanzado un cierto poder, la neutralidad se convierte en una postura casi insostenible en la práctica. Igualmente, cuando en una jerarquía social los de abajo temen ser totalmente aplastados si no desposeen a sus superiores, y si unos u otros se vuelven entonces bastante fuertes para no tener ya que temer, no resisten a la embriaguez del poder estimulada por el rencor. De manera general, todo poder es esencialmente frágil; debe, pues, defenderse, ya que de lo contrario ¿cómo habría en la vida social un mínimo de estabilidad? Pero la ofensiva parece casi siempre, con razón o sin ella, la única táctica defensiva, y esto desde todos los lados. Por otra parte, es natural que sean especialmente las diferencias imaginarias las que suscitan conflictos inexpiables, porque se plantean únicamente en el plano del poder y del prestigio. Es tal vez más fácil para Francia conceder a Alemania materias primas que unos arpendes de tierra bautizados como colonia; más fácil para Alemania pasar de las materias primas que de la palabra colonia. La contradicción esencial de la sociedad humana es que toda situación social se basa en un equilibrio de fuerzas, equilibrio de presiones análogo al equilibrio de los fluidos; pero los prestigios no se equilibran, el prestigio no implica límites, toda satisfacción de prestigio es un ataque al prestigio o la dignidad de otro. Ahora bien, el prestigio es inseparable del poder. Parece que existe ahí un callejón sin salida del que la humanidad no puede salir sino por un milagro. Pero la vida humana está hecha de milagros. ¿Quién creería que una catedral gótica puede mantenerse en pie si no se constatará todos los días? Ya que en realidad no hay siempre guerra, no existe imposi-

bilidad de que exista indefinidamente la paz. Un problema planteado con todos sus datos reales está muy cerca de resolverse. Nunca se ha planteado así el problema de la paz internacional y civil.

Es la nube de entidades vacías lo que impide no sólo percibir los datos del problema, sino incluso sentir que hay un problema que resolver y no una fatalidad que sufrir. Esas entidades entorpecen los espíritus; no sólo hacen morir, sino, lo que es infinitamente más grave, hacen olvidar el valor de la vida. La *aniquilación de las entidades* en todos los ámbitos de la vida política y social es una obra urgente de salubridad pública. No es una tarea fácil; toda la atmósfera intelectual de nuestra época favorece la floración y la multiplicación de entidades. Nos podemos preguntar si reformando los métodos de enseñanza y de vulgarización científica, y expulsando de ellos la superstición grosera que se ha instalado gracias a un vocabulario artificial, devolviendo a las mentes el buen uso de locuciones del tipo *en la medida en que, no obstante, a condición de que, por relación a*, desacreditando todos los razonamientos viciosos que equivalen a admitir que hay en el opio una virtud dormitiva, no se ofrecería a nuestros contemporáneos un servicio práctico de primer orden. Una elevación general del nivel intelectual favorecería singularmente todo esfuerzo de esclarecimiento para desinflar las causas imaginarias de conflicto. Sin duda no carecemos de personas que prediquen el apaciguamiento en todos los ámbitos; pero, en general, esos sermones tienen por objeto no despertar las inteligencias y eliminar los falsos conflictos, sino adormecer y ahogar los conflictos reales. Los brillantes oradores que, declamando sobre la paz internacional, entienden por esta expresión el mantenimiento indefinido del *statu quo* en beneficio exclusivo del Estado francés, aquellos que, recomendando la paz social, pretenden conservar los privilegios intactos o al menos subordinar cualquier modificación a la voluntad de los privilegiados, éstos son los enemigos más peligrosos de la paz internacional y civil. No se trata de inmovilizar artificialmente relaciones de fuerza esencialmente variables, y que los que sufren tratarán siempre de modificar; se trata de discernir lo imaginario y lo real para disminuir los riesgos de guerra sin renunciar a la lucha, de la que decía Heráclito que es la condición de la vida.